

LA TRANSFORMACIÓN DE LA FAMILIA EN LA GENEALOGÍA DE LA SEXUALIDAD DE MICHEL FOUCAULT

The transformation of the family in Michel Foucault's genealogy of sexuality

GUIDO VESPUCCI

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina
guivespucci@yahoo.com.ar

RESUMEN

El presente trabajo tiene como propósito rastrear el lugar ocupado por la institución familiar en el extenso y complejo proceso por el cual Michel Foucault da cuenta de la conformación de una sociedad disciplinaria. Entre los diversos efectos de esta nueva organización societal, nos detendremos entonces en un punto específico: el de la constitución de un modelo familiar –la *familia célula*–, poseedor de una serie de características particulares que giran en torno al peligro de determinados placeres eróticos, o bien, de su sexualización misma. De ese modo, el ingreso del dispositivo de sexualidad en la familia se constituyó, según Foucault, en un mecanismo para la intervención de una tecnología de poder orientada hacia el control y normalización de los individuos.

Palabras clave: Michel Foucault, Familia, Sexualidad, Sociedad disciplinaria

ABSTRACT

This paper aims to explore the place family as an institution had in the extensive and complex process by which Michel Foucault explains the formation of a disciplinary society. Among the different effects of this new societal organization, we will focus on a specific subject: the constitution of a family model –the *cellular family*–, which main characteristics revolve around the danger of certain erotic pleasures associated with its sexualization. In this way, according to Foucault, the sexual device became in a mechanism for the intervention of the family by a technology of power directed towards the control and normalization of people.

Key Words: Michel Foucault, Family, Sexuality, Disciplinary society

"El amor de los niños y el amor de las flores. A ellos, el arte clásico había concedido muy poca importancia, apenas la indispensable para crecer y jugar"; Oscar Wilde

INTRODUCCIÓN¹

Es consabido que Michel Foucault es cita obligada en el campo de estudios sobre sexualidad, mientras que es menos evidente que reporte el mismo

peso en aquellos sobre familia. Y, sin embargo, un significativo tramo de su obra estuvo destinado a investigar las transformaciones de dicha institución. Por ende, el presente trabajo tiene como propósito rastrear el lugar ocupado por la familia en el extenso y complejo proceso por el cual Foucault da cuenta de la conformación de una sociedad disciplinaria. Entre los diversos efectos de esta nueva organización societal, nos detendremos en un punto específico: el de la constitución de un modelo familiar –la *familia célula*– poseedor de una serie de características particulares que giran en torno al peligro de la sexualidad o de su sexualización misma –y por ello apuntalada hacia la reducción de su tamaño, la depuración de su

¹ La primera versión de este trabajo fue elaborada para la aprobación del seminario "Análisis de la Cultura I: Cultura y sujeto: Norbert Elias y Michel Foucault", a cargo del Prof. Hugo Vezzetti en el marco de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (Instituto de Altos Estudios Sociales –IDAES–, Universidad Nacional de San Martín –UNSAM–). Agradezco al Prof. Vezzetti los comentarios que oportunamente realizó a ese trabajo.

composición, la regulación de sus relaciones y distribución espacial de sus integrantes, entre otras– como mecanismo estratégico que se habría erigido en motor para la intervención de una tecnología de poder orientada hacia el control y normalización de los individuos.

El modelo familiar resultante de aquel proceso logró instaurarse finalmente tanto en la burguesía, donde tuvo su origen, como en las clases populares y en el proletariado urbano. Sin embargo, este carácter interclasista de la familia célula fue el producto de dos mecanismos muy diferentes de organizar la familia –a pesar de que ambos hayan partido del dispositivo de sexualidad– que darán lugar a un tipo de intervención específica para cada caso: médica y psicoanalítica en la familia burguesa, y judicial en la familia obrera.

La focalización en el dispositivo de sexualidad, para explicar las transformaciones familiares enmarcadas en el cambio social que va desde las sociedades tradicionales hasta las modernas, abrió una nueva perspectiva en la historia de las explicaciones sobre esta institución. Las aproximaciones más difundidas sobre la conformación de la familia moderna, nuclear y reducida hacen hincapié en el proceso de industrialización, urbanización y conformación de una economía de mercado, que habrían vuelto necesarias o funcionales a la reducción y flexibilización de la estructura tradicional de la familia –cuyo desenlace final es la consagración de la familia nuclear– (Parsons, 1978); en la famosa transición demográfica (Bardet y Dupâquier, 2001), en el derrotero de una mentalidad y moral individualista o “individualismo afectivo” (Stone en Anderson, 1988; Goody, 2001), así como correlativamente en el surgimiento de funciones afectivas, especialmente el amor romántico y el amor filial (Giddens, 2000; Ariés, 1992). En cambio, Foucault desplaza tanto dichos motores estructurales (factores estrictamente económicos y demográficos) como individuales (nuevas disposiciones morales) para internarse en un proceso más complejo vinculado con la emergencia de una nueva tecnología de poder y un mecanismo bipartito en el cual el poder y el saber se interrelacionan mutuamente para dar lugar a un orden social normalizador y disciplinario.

Entonces, para poder comprender la conformación de este nuevo formato y dinámica familiar será necesario analizar una serie de problemas y figuras centrales utilizadas por Foucault, como la *medicalización de la familia* y su *relación con el asilo*, la *función psi*, el *niño masturbador*, las *dos teorías del incesto*, entre otras que jugaron un rol clave como parte del engranaje de esa tecnología de saber-poder que dio origen a la familia moderna. No obstante, ya que la sexualidad es el dispositivo privilegiado por Foucault para entender la familia, es necesario comenzar este trabajo revisando el sentido teórico de tal dispositivo y pasando por las nociones de *hipótesis represiva* y *scientia sexualis*.

CRÍTICA DE LA HIPÓTESIS REPRESIVA Y CONSTITUCIÓN DE UNA *SCIENTIA SEXUALIS*

Muchas de las reminiscencias actuales a ciertos tabúes de la sexualidad occidental, como la masturbación, la histeria

femenina y la homosexualidad, tendrían su origen en un cuadro represivo y moralizante surgido en la época victoriana. A partir de la década del 60, las sociedades occidentales habrían entrado en una fase de liberación del deseo y expansión de las prácticas sexuales. Esta línea argumentativa subyace en numerosos estudios sobre familia y sexualidad (Muchembled, 2008)², lo cual evidencia el estatus otorgado y la legitimidad teórica de lo que Foucault denomina *hipótesis represiva*. A una etapa histórica marcada por el silencio y la discreción encorsetada por restricciones morales, habría seguido un proceso de sinceramiento y destape, y estaríamos ante “una verdadera ola de sexo oral” (Sarlo, 1996). El caso de la homosexualidad, con su reciente “salida del armario”, es un claro ejemplo de esta trayectoria que va de la represión a la liberación (Kosofsky Sedgwick 1998; Vespucci, 2017).

Ante la puesta en paréntesis de este itinerario surgen preguntas: ¿La supuesta flexibilización de la moral sexual es un discurso teórico vacío y demagógico?, ¿acaso los sujetos no han sufrido los efectos de una focalización heteronormativa y procreadora de la sexualidad?, en definitiva, ¿es falsa la hipótesis represiva? En todo caso, no se trata de negar que esto verdaderamente haya ocurrido, sino de enmarcar estos hechos en un proceso mucho más complejo que la hipótesis represiva no puede dar cuenta, porque más bien se inscribe en el orden superficial de los efectos que en el de los mecanismos productores de los mismos. En *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Foucault expresó claramente este reparo: “Las dudas que quisiera oponer a la hipótesis represiva se proponen menos mostrar que ésta es falsa que colocarla en una economía general de los discursos sobre el sexo en el interior de las sociedades modernas a partir del siglo XVII” (2002:18).

La economía general de los discursos es muy distinta de una economía del deseo, sexo, instinto y libido, pues no estamos ante un enfoque que concibe la sexualidad como sustancia o naturaleza a la que es posible regular cuantitativamente³. Con Foucault estamos en un universo analítico muy diferente, que coloca la sexualidad como efecto de discurso: “Se trata de determinar, en su funcionamiento y razones de ser, el régimen de poder-saber-placer que sostiene en nosotros el discurso sobre la sexualidad” (Foucault, 2002: 18). En este sentido, debemos concebir la sexualidad como construcción o producción, no hay nada que descubrir ni nada para bloquear o reducir, pues no existe una esencia sexual.

2 Para citar una referencia local, Susana Torrado sostuvo en esta dirección que actualmente “existe mayor y más libre aceptación social de la sexualidad” (2005: 13).

3 Dentro de esta perspectiva se sitúa no solo el psicoanálisis, sino también los enfoques freudiano-marxistas que lo han cuestionado en virtud de liberar la sexualidad. Véanse respectivamente “El malestar en la cultura” (Freud, 1979), La revolución sexual (Reich, 1993) y Eros y civilización (Marcuse, 1983). Bajo una interpretación instintiva de la sexualidad detectada por Foucault en el campo psiquiátrico podemos situar a José Ingenieros en Tratado del amor (1997).

Como explicaba David Halperin:

En La voluntad de saber, Foucault utilizó, para estudiar la sexualidad, el mismo enfoque que para la locura. Toma a la sexualidad no como una cosa o realidad natural, sino como el instrumento necesario y el efecto determinado de una serie de estrategias discursivas y políticas. (2000: 62)

En efecto, Foucault advierte que a partir del siglo XVII (en el comienzo de lo que denominó “Edad Clásica”) se produce “una verdadera explosión discursiva en torno y a propósito del sexo” (2002: 25). Esto no implica, como decíamos más arriba, que no haya existido una depuración rigurosa del vocabulario autorizado. Alusiones metafóricas, silencios, discreción y pudor, se constituyeron todos en moneda corriente de la realidad del sexo. Sin embargo, Foucault sostiene que el nivel de los discursos y sus dominios no dejó de incrementarse. Se asiste a una multiplicación de discursos, a una incitación institucional a hablar sobre el sexo. Es dentro de este régimen de saber-poder que se localizan estratégicamente los silencios, las prohibiciones y los tabúes, no por fuera, sino como elementos constitutivos de una economía discursiva sobre la sexualidad. Esto remite a lo que Foucault denominó como *polivalencia táctica de los discursos*, bajo la cual solo los silencios y enunciados contradictorios pueden formar parte de un mismo bloque estratégico de saber-poder. Del mismo modo, determinado discurso sobre el sexo como una prohibición puede funcionar como tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta. Así, “no hay que imaginar un universo del discurso dividido entre el discurso aceptado y el discurso excluido o entre el discurso dominante y el dominado, sino como una multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en estrategias diferentes” (2002: 122). Esta polivalencia es producto de una concepción de poder que reemplaza el privilegio otorgado a la ley, la censura y prohibición por otra que enfatiza en el objetivo, la eficacia táctica y movilidad. Más adelante veremos cómo dos tácticas diferentes –las *dos teorías del incesto*– persiguen un mismo objetivo.

Volviendo a la incitación discursiva en torno al sexo, una perspectiva genealógica como la de Foucault permite rastrear sus orígenes en la técnica cristiana de la confesión, al menos desde el siglo XIII. Sin embargo, es con el impulso de la Contrarreforma –cuya política religiosa intensificó los controles institucionales de conciencia– que pone en discurso sobre el sexo basado en la confesión que se convirtió, sino en una realidad para todos, al menos sí en un punto ideal para todo buen cristiano. Lo que era una tradición ascética y monástica va a extenderse socialmente en el siglo XVII como regla y va a centrar su práctica de la penitencia –en desmedro de otros pecados– en todas las insinuaciones de la carne. De manera que no solo deberán confesarse las infracciones de las leyes morales y sagradas, sino también los pensamientos, las fantasías y el deseo mismo. Este último es impelido a formularse en términos discursivos, a pesar de que dichos términos incluyan una prudencia estricta del vocabulario: “La prohibición de determinados vocablos, la decencia de las expresiones,

todas las censuras del vocabulario podrían no ser sino dispositivos secundarios respecto de esa gran sujeción: maneras de tronarlo moralmente aceptable y técnicamente útil” (Foucault, 2002: 29).

Con la confesión cristiana de la carne se prescribe más que la censura del sexo, una incitación a decirlo todo sobre él. Sin embargo, la intensificación de la confesión no dispara únicamente un incremento cuantitativo de la discursividad sexual, sino también un viraje temático. Hasta fines del siglo XVIII, los tres códigos que regulaban las prácticas sexuales –el derecho canónico, la pastoral cristiana y la ley civil– fijaban su atención en la legalidad y legitimidad de las mismas en el marco de las relaciones matrimoniales. Era dentro de estas relaciones que se prescribían los mandatos coactivos: el adulterio, los deberes conyugales, los períodos de riesgo y abstinencia, etc. La explosión discursiva durante los siglos XVIII y XIX desplazará el enfoque sobre estas faltas de naturaleza jurídica y moral centradas en la alianza legítima para interrogar la sexualidad de los niños, de los locos, de los criminales y de los homosexuales. Y a partir de ello se pasará a indagar en las obsesiones, las manías, las ensoñaciones y los puntos de apoyo que Foucault entiende como *implantación perversa* en la sexualidad.

La creación de estas *sexualidades periféricas*, no solo ilustra la ampliación de los objetos a interrogar, sino también el incremento de los focos de producción discursiva: la pedagogía, la medicina, la biología, la demografía, la psiquiatría y la psicología son las más importantes (Foucault, 2002: 45). Y todas estas disciplinas actuarán bajo sus propias lógicas e interactuarán de modo tal que convertirán finalmente al sexo en un *dispositivo* de saber-poder, entendiendo por dispositivo “un cuerpo heterogéneo de discursos, proposiciones (filosóficas, morales, filantrópicas, etc.), instituciones, leyes y formulaciones científicas; el dispositivo es la red que los une, que gobierna el juego de este conjunto heterogéneo. Es una formación que, en un momento histórico dado, corresponde a la función estratégica dominante”⁴.

Bajo esta red discursiva la sexualidad comenzó a gestionarse en el siglo XIX, ya no solo en términos jurídicos y morales sino como una forma de administración racional. La constitución de una *verdad* y una *racionalidad* son necesarias para la creación de una ciencia específica sobre el sexo: la *scientia sexualis*.

Para Foucault, lo propio de la cultura occidental no es la sexualidad inscripta en un *ars erótica*⁵, sino la ciencia del sexo, la cual se desarrolla bajo un mecanismo y

⁴ Definición de dispositivo que David Macey elaboró en base a las afirmaciones que Foucault realizó en una entrevista titulada “El juego de Michel Foucault”. Citado por Halperin (2000: 23).

⁵ Culturas como la de China, Japón, India, Roma y las sociedades árabes musulmanas se habrían dotado de un *ars erótica* que extraería su verdad del placer mismo, de la experiencia recogida sobre la práctica sexual. El saber derivado debe ser, por tradición, cuidadosamente resguardado de su divulgación masiva, puesto que allí reside su eficacia: en la función de un conocimiento secreto que solo puede ser transmitido por un maestro (Foucault, 2002: 72).

unas relaciones de poder muy distintas de aquella. Si en el *ars erótica* el saber sobre el sexo proviene transparentemente “desde lo alto”, de la enseñanza del maestro hacia el aprendiz en la *scientia sexualis* el saber se gesta especularmente “desde abajo” como resultado de una palabra requerida dentro de una instancia de control y coerción: la confesión. Vemos entonces que “la confesión fue y sigue siendo hoy la matriz general que rige la producción del discurso verídico sobre el sexo” (Foucault, 2002: 79). Pero, para que ello fuera posible esta debió extender su dominio de la esfera eclesiástica hacia las instancias judiciales, el saber médico y pedagógico, inclusive, se impuso en el ámbito de la vida cotidiana, como en las relaciones familiares y conyugales. Uno de los aspectos centrales para poder comprender el poder disciplinario es esta extensión del ritual de la confesión hacia todas aquellas esferas, lo que permitió nada menos que la *individualización* de los sujetos por parte de dicho poder. Se constituye entonces esta cosa improbable, como dice Foucault: una *ciencia-confesión*. Dos modalidades interrelacionadas de producir lo verdadero: los procedimientos de la confesión y la discursividad científica.

¿Cómo se logró incorporar esta tradición ritual de la confesión a los términos de un discurso científico? A través de varios métodos. En primer lugar, por una *codificación clínica* del “hacer hablar” que combinó la confesión con el examen, el relato de sí mismo con el despliegue de un conjunto de síntomas descifrables, el interrogatorio y la hipnosis con la rememoración de recuerdos y asociaciones libres. Sumado a esto, por medio de la conformación de una *etiología sexual* que deriva las más diversas enfermedades y trastornos psicofísicos del poder causal inagotable y polimorfo del sexo. En tercer lugar, por el *principio de una latencia intrínseca de la sexualidad* que concibe al sexo como algo oscuro y escurridizo. Ya no es un sujeto que esconde su secreto sino un sujeto que ignora su propia sexualidad, de allí la necesidad, en cuatro lugar, de una instancia de *interpretación*, una función hermenéutica que excede la condena o el perdón por parte del interrogador para transformar la verdad oscura del interrogado en una verdad científica y controlable⁶. Finalmente, los efectos de la confesión ya no serán cifrados bajo el registro del pecado, el exceso o la transgresión sino bajo un binomio inédito en la historia: el *régimen de lo normal y lo patológico*⁷. La sexualidad aparecerá como un campo de fragilidad patológica susceptible de provocar enfermedades

⁶ Vemos aquí la diferencia entre el mecanismo unidireccional de producción de verdad del *ars erótico* y el mecanismo doble de la *scientia sexualis* que requiere tanto del interrogador como del interrogado.

⁷ En entrevista con Paolo Caruso (1969: 70), Foucault sostenía que toda sociedad establece un sistema de oposición entre el bien y el mal, lo permitido y lo prohibido, pero la novedad de las sociedades modernas es que dicha oposición se haya reducido hacia la distinción entre lo normal y lo patológico, que en última instancia remite a la oposición entre razón y locura.

diversas y a la vez de engendrar una nosografía exclusiva, la del instinto, inclinaciones, imágenes, el deseo y la conducta (Foucault, 2002: 82, 83, 84, 85).

Todos estos mecanismos que derivan finalmente en una *medicalización de la confesión* estarán condensados en las figuras –la del *niño masturbador* tal vez sea la más importante en sus efectos– que transformarán a la familia en un espacio de saturación sexual.

LA FAMILIA CÉLULA: ENTRE EL PODER SOBERANO Y EL PODER DISCIPLINARIO

A- LA RELACIÓN ASILO-FAMILIA Y EL SURGIMIENTO DE LA FUNCIÓN PSI

Hasta aquí, una revisión sintética de las líneas directrices por las cuales Occidente consiguió dotarse de un régimen de saber-poder que, a través del dominio de la sexualidad y su producción mediante un saber científico, la convirtió en un dispositivo disciplinario que apuntaba a la individualización/normalización de los sujetos y su efectivo control. Este proceso, también estuvo orientado hacia una nueva gestión de las poblaciones. De la sujeción del cuerpo por medio de un poder disciplinario al control de estas a través de la emergencia de un poder sobre la vida: *bio-poder*. Estas dos tecnologías de poder inéditas –la disciplina y el bio-poder– se fueron imponiendo frente al poder soberano (aunque veremos que además pueden convivir). Dichas tecnologías hicieron eclipsar el peso de la ley con la preeminencia de la norma y “lo normal”; periclitó la importancia del castigo y del “derecho de vida y muerte”, y toman vigor los mecanismos de producción-gestión-regulación de la vida (las continuas mediciones, calificaciones, correcciones, jerarquizaciones) con el fin de otorgarle valor y utilidad al cuerpo viviente (Foucault, 2002: 174).

La sexualidad sirvió de soporte para ambas tecnologías de poder, las cuales terminaron por generar una nueva racionalidad social. Ahora bien, lo que sucedió con la familia en el marco de este proceso de transformación de los mecanismos de poder, es bien particular. A la par que Foucault desarrolla la formación y extensión de las diversas tecnologías disciplinarias de poder, desde su origen en las comunidades religiosas medievales hasta su despliegue en una red institucional –compuesta por el ejército, el taller de trabajo, la escuela, el hospital, la prisión, etc. –, que cubre prácticamente toda la sociedad (*disciplinaria* o *panóptica*), advierte la existencia de una institución social fundamental que, en un principio, no reproduce estos mecanismos. Dicha institución es la familia.

Si en el modelo del “panoptismo benthamiano” –en el que Foucault se basa para desprender las características del poder disciplinario– ya no hay cuerpo ni individualidad exclusiva a partir de donde proviene el poder sino una *desindividualización* y *descorporalización del poder* que lo vuelve anónimo, la familia dispone de una figura bien visible desde donde se vigila y ejerce el poder. Así, el *padre* representa bajo la investidura

simbólica del apellido, un foco ineludible de poder soberano. Sin embargo, esta vigilancia del padre no es un elemento constitutivo de la familia –como no lo es del poder de soberanía y sí lo es del poder de la disciplina– sino una función complementaria. Lo que da solidez a la familia remite, en cambio, a los actos fundadores del matrimonio y el nacimiento que otorgan distintos estatus de una vez y para siempre. Asimismo, la familia está atravesada por un entrelazamiento de lazos de propiedad, compromisos personales y colectivos, relaciones contractuales y demás vínculos que no son del orden de la monotonía isotópica propia de los sistemas disciplinarios. De manera que la visibilidad de una figura soberana como la del padre, su constitución bajo actos solemnes como el matrimonio y el nacimiento, y su carácter heterotópico alejan a la familia del sistema disciplinario y la colocan bajo el manto del poder de soberanía (Foucault, 2005: 104)⁸.

No obstante, Foucault entiende que la continuidad de la familia bajo el poder de soberanía no implica que esta sea una institución residual en el tiempo. Muy al contrario, cumple funciones estratégicas con el sistema disciplinario de poder y es parte esencial de este. Las instituciones disciplinarias como la escuela, el ejército y la fábrica no podrían funcionar ni tendrían sentido sino gracias al efecto coactivo que la familia ejerce sobre los individuos para incorporarlos a estas estructuras. Por otro lado, actúa como enganche de los diversos sistemas disciplinarios distribuyendo a los sujetos según el grado y calidad de “indisciplina”. Por consiguiente, “la familia tiene el doble papel de fijación de los individuos a los sistemas disciplinarios y de confluencia y circulación de los individuos de un sistema disciplinario a otro” (Foucault, 2005: 106)⁹.

Este es un primer aspecto de la complementariedad de la familia como poder soberano con las instituciones emergentes de carácter disciplinario. Pero, a través del recorrido genealógico que hace Foucault, las cosas se complejizan aún más. Porque a la función familiar de eyección y distribución de los individuos en los sistemas disciplinarios, por medio de un poder coactivo (soberano), se agrega el papel de clasificación de sus propios miembros (poder propio de la disciplina). Esto tiene su historia, la cual Foucault ilustra mediante el caso específico de la relación entre el asilo y la familia. Relación privilegiada y sobrecargada, que no quiere decir que no haya existido vínculo alguno entre la familia y otras instancias disciplinarias. El punto es que desde allí se desprenderá finalmente un discurso de verdad muy específico sobre la familia. El discurso psiquiátrico y psicológico terminará constituyéndose en el discurso legítimo y verdadero de la familia.

En un principio, hasta mitad del siglo XIX, ambas instituciones funcionaron complementariamente, pero

sin entrecruzamientos. La familia como poder soberano por un lado, y el asilo como sistema disciplinario por el otro¹⁰. Tal es la historia de lo que podría denominarse como *protopsiquiatría*, cuyos representantes más conocidos fueron Pinel, Fodóré y Esquirol. Esta “protohistoria de la psiquiatría” se caracteriza por un despojamiento del poder familiar mediante la reclusión asilar. De la simple desposesión de derechos civiles y familiares con respecto al indisciplinado y al “loco” –*interdicción*– se pasó a la captura del propio cuerpo por parte de la institución psiquiátrica, *reclusión*. Este mecanismo privilegió la defensa de la familia restringida a expensas de la familia extendida y compuesta, en la cual los parientes no nucleares podían manipular intereses y ejercer un importante control sobre la familia a través del procedimiento jurídico de la interdicción. Así, se intentaba proteger a la familia cercana de las ambiciones de la familia extensa. El mecanismo de la reclusión implicaba entonces la pérdida de estatus jurídico y de control efectivo de sus miembros de la familia tradicional.

¿Pero por qué pretendía alejarse al “inadaptado” del medio familiar?, ¿en qué supuestos se basaba este mecanismo de la reclusión? Entre otros motivos, la institucionalización descansa en la idea de imposibilidad de curación del “enfermo” dentro de la familia, así como en su incapacidad terapéutica; y como correlato, la sospecha de la familia como campo propicio para la alienación. De manera que, es indispensable en la curación alejar al afectado del medio familiar. Asimismo, la curación no debe remitirse a la familia, ni a nada que pueda hacer recordarla, sino que se efectúa en el hospital mismo gracias a los dispositivos disciplinarios de índole panóptica. “Hay, por lo tanto, un tipo de coerción que es completamente extrafamiliar. En el asilo nada hace pensar en la organización del sistema familiar; se trata, por el contrario, del taller, la escuela, el cuartel” (Foucault, 2005: 132)¹¹, cuyo funcionamiento está cuasi militarizado.

Es este esquema el que va a cambiar a mediados del siglo XIX: “hacia las décadas de 1850 y 1860 empezamos a ver formularse la idea, ante todo, de que el loco es como un niño; en segundo lugar, que es preciso ponerlo en un medio análogo a la familia, aunque no se trate de ella, y tercero y último, que esos elementos cuasi familiares tienen en sí mismos un valor terapéutico

8 Correspondiente a la “Clase del 28 de noviembre de 1973”, compilada en *El poder psiquiátrico*.

9 *Ibidem*

10 Esta etapa muestra claramente que el asilo no se constituyó como prolongación del modelo familiar, sino que se organizó alrededor de mecanismos “extrafamiliares” (Castilla Cerezo, 2009). Además, Foucault cuestionó la idea que en toda institución social se aloja la estructura familiar, hipótesis que ha sostenido, por ejemplo, David Cooper en *La muerte de la familia* (1994). Foucault argumentó que en la familia el padre no es el representante del soberano o el Estado, y que estos no son meras proyecciones de aquel en otra escala mayor. Se trata más bien de una interacción estratégica, como puntos de soporte y reforzamiento, entre dispositivos específicos con sus respectivas tácticas. Véase la “regla del doble condicionamiento” (2002: 119-120).

11 Correspondiente a la “Clase del 5 de diciembre de 1973”.

(Foucault, 2005: 133)¹². Esta nueva concepción de la psiquiatría tiene como soporte las experiencias surgidas en las casas de salud privadas –como por ejemplo la clínica de Briere de Boismont– en las que la curación está sustentada en una *reactivación del sentimiento familiar* y en la creación de un símil familiar que juega un doble papel. En primer lugar, al presentarse en estado puro e ideal podrá cumplir un rol ortopédico tanto *superfamilia*. Pero, dado que no es la verdadera familia del afectado sino una *subfamilia*, además, tiene la misión de borrarse ante esta cuando la curación haya concluido y devolverle así los beneficios de un paciente “reactivado en los sentimientos y prerrogativas familiares” (Foucault, 2005: 141)¹³. Por eso, en términos terapéuticos, el objetivo final de estas casas de salud privadas es la refamiliarización de los alienados, y de este modo, “la psiquiatría va a presentarse paulatinamente como empresa institucional de disciplina que permitirá la refamiliarización de los individuos” (Foucault, 2005: 110)¹⁴.

Como contraprestación de este servicio terapéutico, la familia deberá cumplir la función de designación (una suerte de “clasificación casera”) del loco, el anormal. Por consiguiente, entre mediados y fines del siglo XIX se asiste, por una lado a una “familiarización del medio terapéutico en las casas de salud, y por otro, [a una] disciplinarización de la familia, que a partir de ese momento se convertirá en la instancia de anomalización de los individuos” (Foucault, 2005: 142)¹⁵. Entonces, se asiste al entrecruzamiento del asilo y la familia. En la escuela se introducen técnicas disciplinarias –como las de la escuela y demás instituciones– y en el asilo se inserta el modelo familiar. Así, la familia tendrá la facultad de señalar el límite entre lo normal y lo anormal, lo regular y lo irregular para luego enviar a sus miembros patógenos a los diversos sistemas disciplinarios que los devolverán normalizados a sus respectivas familias.

¿Pero, acaso no es contradictorio que las instituciones como el asilo, el hospital, la escuela, etc., intenten convertirse en un símil del medio familiar cuando su función es la de disciplinar y normalizar a los individuos?, y como contrapartida: ¿no es incompatible un poder disciplinario dentro de la soberanía familiar? Estos interrogantes se despejan si se comprende lo que Foucault denominó *función psi* con todos sus soportes: psiquiatría (donde tiene su origen), psicopatología, psicopedagogía, psicocriminología, psicoanálisis. Esta nació como contracara del poder soberano de la familia. Cuando un individuo escapaba a la soberanía de la familia, se lo internaba en el hospital psiquiátrico. Luego, la *función psi* se extendió en toda la red institucional disciplinaria: escuela, taller, ejército, hospital, prisión.

Su intervención se justificaba en las flaquezas del poder familiar para disciplinar a sus miembros. “Así, vemos aparecer, en la segunda mitad del siglo XIX, la imputación a la carencia familiar de todas las insuficiencias disciplinarias del individuo. Y por fin, a principios del siglo XX, la *función psi* se convierte a la vez en el discurso y el control de todos los sistemas disciplinarios” (Foucault, 2005: 111)¹⁶. La *función psi* es entonces la instancia de control de estos sistemas por medio de la normalización, individualización y sujeción, y al mismo tiempo, remite sin contradicción alguna a la familia, de la cual se inspira para la construcción y reproducción de su discurso. De ello se deduce que la soberanía familiar no es un punto de resistencia al poder de la disciplina sino gracias a la *función psi* es funcional y parte de su engranaje.

Ahora bien, ¿cuáles son las consecuencias de la *función psi* al interior de la familia? En un principio, la misma introducción de los aparatos de control psiquiátrico que funcionaban en los sistemas disciplinarios como el asilo. Los instrumentos de coerción física y ortopedia que tenían la misión de normalizar a los individuos en dicha institución comenzaron a vislumbrarse en el seno familiar. Es el caso, por ejemplo, de todos aquellos artefactos destinados al control de la masturbación. Luego, así como a la “etapa coercitiva” del asilo le siguió un “período más familiar” –de las cadenas a los sentimientos humanitarios con referencia familiar, proceso que Foucault traspola como de conquista y colonización respectivamente (2005: 134-135)¹⁷–, la *función psi* despliega todo su instrumental analítico y nosográfico permitiendo que dentro del poder de soberanía se instalen la mirada psiquiátrica y, finalmente, el ojo psicoanalítico (volveremos luego sobre el psicoanálisis). En síntesis: “el control de la talla, de los gestos, de la manera de comportarse, el control de la sexualidad, los instrumentos que impiden la masturbación, etc., todo eso penetra en la familia a través de un proceso de disciplinarización que se desarrolla durante el siglo XIX y cuyo efecto será, finalmente, la transformación de la sexualidad del niño en objeto de saber (...), y en ese punto vemos surgir, justamente, toda esa psicologización del niño en el seno mismo de la familia” (Foucault, 2005: 146)¹⁸.

Lo que tenemos, en última instancia, con este complejo proceso de disciplinamiento familiar por medio de la función psi, no es otra cosa que el ingreso –o la conformación misma– del dispositivo de sexualidad al interior de la familia: “la célula familiar, tal como fue valorada en el curso del siglo XVIII, permitió que en sus dos dimensiones principales (el eje marido-mujer y el eje padres-hijos) se desarrollaran los elementos principales del dispositivo de sexualidad” (Foucault, 2002: 132).

12 *Ibidem*

13 “Clase del 5 de diciembre de 1973”.

14 “Clase del 28 de noviembre de 1973”.

15 “Clase del 5 de diciembre de 1973”.

16 “Clase del 28 de noviembre de 1973”.

17 “Clase del 5 de diciembre de 1973”.

18 “Clase del 12 de diciembre de 1973”.

Como veíamos en un comienzo, la construcción de la sexualidad –*scientia sexualis*– fue uno de los mecanismos principales de la cultura occidental para el control y disciplinamiento de los individuos. Y uno de los espacios privilegiados para el ejercicio de este saber-poder sobre el sexo fue la familia. Foucault destaca cuatro conjuntos estratégicos, cuatro figuras en este proceso que transformó a la familia en un espacio apto para la inserción del dispositivo de sexualidad, o para su sexualización misma. Estos son: *histerización del cuerpo de la mujer*, *pedagogización del sexo del niño*, *socialización de las conductas procreadoras*, y *psiquiatrización del placer perverso*. El primero califica (y a la vez descalifica) a la mujer como portadora de una patología intrínseca a raíz de la saturación sexual constitutiva de su cuerpo. Por tal motivo es interrogado e intervenido médicamente. A su vez, se le encomienda a este cuerpo femenino la misión de asegurar la continuidad de la especie, así como de resguardar la salud del cuerpo social. Función biológica (reproducción) y moral (educación de los niños) que se condensan junto con su estatuto sexual en la figura de la *madre nerviosa*¹⁹. Asimismo, a la mujer-madre, como principal responsable de la procreación, se le exige la socialización de sus conductas destinadas a tal fin. Su cuerpo es un punto de pasaje atravesado por exigencias económicas, políticas y médicas orientadas a regular y controlar los nacimientos.

Por otro lado, se organizó un dispositivo psiquiátrico específico de las conductas sexuales que derivó en un sinnúmero de clasificaciones nosográficas sobre los placeres perversos. Bajo esta mirada el sexo fue concebido como un instinto biológico y psíquico autónomo portador de las más diversas anormalidades para la conducta. Se crean figuras patológicas que, a su vez es preciso controlar y corregir (normalizar). Por último –probablemente la estrategia más importante en razón de su magnitud y duración– fue necesaria una pedagogización-psicologización de la sexualidad infantil. El niño fue concebido como un ser que está en un estado de liminaridad con respecto a la sexualidad, no posee las “facultades psico-físicas” para desarrollar una sexualidad adulta, pero eso no le impide estar cerca del sexo, jugar y coquetear con él por medio de las prácticas masturbatorias, las cuales fueron blanco de un intenso y extenso combate por parte de la *scientia sexuales*

19 La construcción de la mujer histérica tuvo el efecto de la descalificación de su cuerpo y de su subjetividad. Por tomar solo un ejemplo cinematográfico ilustrativo, en el filme “La familia” de Ettore Scola, se vislumbra claramente cómo el rótulo de “histérica” es un recurso discursivo recurrente para descalificar a las mujeres. Discurso que desde hace algunas décadas habría mermado (junto con la despatologización de otras figuras como las del “homosexual”), pero que en modo alguno ha desaparecido por completo del imaginario social, que se vale, según la conveniencia, de este tipo de calificativos de origen médico-psiquiátricos para inferiorizar a las mujeres (así como con otros calificativos, a las sexualidades no heterocentradas). Para una ampliación sobre la invención, medicalización y hospitalización de la histeria por parte de los saberes e instituciones psiquiátricas, véase Didi-Huberman (2007).

(Foucault, 2002: 127, 128). Sobre este punto es necesario detenernos un poco más detalladamente en virtud de sus grandes implicancias para la transformación de la familia.

B- LA MASTURBACIÓN INFANTIL Y LA CREACIÓN DE UNA NUEVA FÍSICA FAMILIAR

La figura del *niño masturbador* está, junto con el *monstruo* y el individuo a corregir, en la génesis del anormal contemporáneo²⁰. Sin embargo, su paradoja, y lo que a su vez lo diferencia de estas dos últimas figuras, no es su excepcionalidad, sino al contrario, su universalidad. En efecto, para el imaginario social y, particularmente, el saber pedagógico del siglo XVIII, la masturbación se reconoce como universal, pero al mismo tiempo como una práctica que se desconoce o es mal conocida que todos comparten, pero nadie comunica. La masturbación es un secreto universal. Ahora bien, el saber médico y psiquiátrico de los siglos XVIII y XIX convertirá a esta práctica en la raíz de todos los males posibles. Le atribuirán, como sostiene Foucault, una causalidad polivalente: enfermedades corporales, nerviosas, psíquicas; a todas las singularidades patológicas se las hará corresponder de una manera u otra con esta etiología sexual que representa el onanismo. De manera que, la masturbación en tanto práctica universal es al mismo tiempo el principio de explicación de la alteración más extrema de la naturaleza (Foucault, 2000: 65)²¹. Fenómeno paradójico que se inscribe a la vez como natural y contra-natura²².

A raíz de que se le atribuyó a la masturbación una causalidad polivalente, una patología en sí misma (o

20 En la “Clase del 22 de enero de 1975”, compilada en Los anormales (2000), Foucault rastrea las figuras que anteceden al dominio de la anomalía cristalizado en el siglo XIX. Así, durante el siglo XVIII se va delineando y sucediendo la preocupación por el monstruo humano, cuyo marco de referencia es jurídico-biológico ya que su conducta extrema o su misma existencia viola las leyes de la sociedad y de la naturaleza (como por ejemplo los casos de “hermafroditismo”). Por su parte, el *individuo a corregir*, que es un fenómeno mucho más frecuente, pero su campo de acción más restringido, es la familia con las instituciones que la rodean (la escuela, el taller, la calle, la parroquia, la policía, etc.). Finalmente, el niño masturbador, que ya no denota solo frecuencia sino universalidad, y su espacio es aún más estrecho dentro de la familia, el dormitorio, la cama, el cuerpo, frente a los padres, los hermanos, y el médico. Se advierte entonces un pasaje de lo mayúsculo a lo minúsculo y de lo excepcional a lo corriente en las transformaciones históricas que articulan campo jurídico y campo médico, poder soberano y poder disciplinario.

21 “Clase del 22 de enero de 1975”, Los anormales.

22 Desde una mirada distanciada, esta tal vez sea una de las contradicciones más fuertes del discurso que sostiene la *scientia sexualis*, y refleja bien que el saber que la compone no es ni evidente ni natural, sino que se inscribe en mecanismos históricos de poder. Lo que permite esta articulación, este régimen de saber-poder, es que en su interior puedan funcionar numerosas contradicciones sin que por ello pierdan su cualidad de “verdades científicas”.

una “enfermedad total”) así como un agente en la etiología de diversas enfermedades –generando una suerte de “delirio hipocondríaco” asignado a esta falta primera y fundamental (Foucault, 2000: 225)²³– se comprende bien el porqué de la magnitud de la campaña antimasturbatoria en su intensidad y duración. En el contexto de la nueva oleada de cristianización de los siglos XVI y XVII en el que la tecnología de la *confesión* se vuelve detallada (*penitencia analítica*, en palabras de Foucault) para controlar los efectos de la carne convulsiva, de la agitación y el placer corporales, el control de la sexualidad, y específicamente, de la masturbación, se desplazará del recurso discursivo de la confesión y la incitación a decirlo todo hacia una política de discreción. No obstante, el control sexual quedará garantizado por todo el ordenamiento espacial y arquitectónico de los establecimientos educativos (seminarios, pensionados, escuelas, colegios, etc.), en los cuales el discurso indiscreto de la carne es reemplazado por una serie de *dispositivos materiales* que giran en torno a la disposición de los lugares y las cosas: supresión de los lugares oscuros, ordenamiento cuasi panóptico de las aulas y los dormitorios, disposición de las letrinas, etc., todos mecanismos destinados a establecer una visibilidad y vigilancia del cuerpo. Entonces, se dice lo menos posible, pero todo habla de ello, del cuerpo, del sexo, de la masturbación (Foucault, 2000: 216)²⁴.

Tras este interregno que transfirió el control de las almas y los cuerpos a los dispositivos materiales, el problema de la masturbación volverá al campo discursivo. Sin embargo, no a través de la técnica de la confesión sino gracias a una proliferación de textos, libros, folletos, etc., que Foucault registra a partir de mediados del siglo XVIII. Este discurso es bien particular, pues en él quedan ausentes las referencias al deseo y al placer que caracterizaban la confesión cristiana. Por otro lado, no es todavía un discurso estrictamente científico como el de la *psicopatología sexual* presentado por Heinrich Kaan en 1844. No hay todavía una teoría específica –sí general– sobre la sexualidad y sus comportamientos normales y anormales. Es básicamente una literatura de manual en la que se prescriben consejos y exhortaciones destinadas más que nada a los padres. De todas maneras, como señalábamos antes, la masturbación está asociada a la producción de un cuadro amplio de patologías, terreno fértil para la paulatina introducción de la *función psi*²⁵.

23 “Clase del 5 de marzo de 1975”, *Los anormales*.

24 “Clase del 5 de marzo de 1975”. Pondría “ibidem”

25 En rigor de verdad, en el curso del 5 de marzo de 1975 está ausente este enlace que deriva en la función psi; tal vez esté implícito, aunque no queda suficientemente claro. En el curso siguiente, a través del análisis del incesto y el psicoanálisis, Foucault pasa a la etapa final de su genealogía de la sexualidad. Por tal motivo, para completar este cuadro es necesario remitirse a los cursos incluidos en El poder psiquiátrico, en los cuales, como ya señalamos, Foucault advierte la introducción de todas las miradas de orden psi al interior de la familia, proceso que se inicia a mitad del siglo XIX.

Acorde al objetivo de este trabajo, es preciso remarcar los efectos que tuvo esta campaña antimasturbatoria en la institución familiar. Si no es posible responsabilizar al niño masturbador de su propia patología, puesto que, después de todo la masturbación es un fenómeno universal, y por ello de un orden de cierta naturalidad, entonces la responsabilidad va a localizarse en la incitación de los adultos (incitación que el niño podría eventualmente evitar, lo cual lo convierte en co-responsable). Más precisamente, el peligro y la seducción provienen del entorno inmediato en el que se inserta el niño, de todos los personajes oficiales de la familia extendida: la parentela extra-conyugal, los criados y, fundamentalmente, las nodrizas²⁶. “Culpabilización, por consiguiente, de ese espacio medio y malsano de la casa mucho más que del niño, pero que remite, en última instancia, a la culpa de los padres, porque esos accidentes pueden producirse porque éstos no quieren ocuparse directamente de sus hijos” (Foucault, 2000: 230)²⁷. Responsabilidad de los padres sobre los hijos que será invertida posteriormente por el psicoanálisis con el Complejo de Edipo.

El resultado de la política de eliminación de los intermediarios familiares que implicaban un serio riesgo para el niño masturbador, es una nueva organización del espacio doméstico, una nueva física del espacio familiar que, por su reducción e intensificación, permitirá una mejor vigilancia y un mayor control de la sexualidad infantil por parte de los padres. La campaña antimasturbatoria tiene entonces el efecto de desarticular la familia tradicional, extendida, y relacional para constituir un núcleo restringido e intensificado afectivamente, saturado de dispositivos materiales y psicopatológicos de sexualidad. Es la conformación de lo que Foucault denomina *familia-célula* –a expensas de la *familia-red*– (Foucault, 2000: 234)²⁸.

En la tarea de vigilancia de los padres respecto al cuerpo de los niños y del autoerotismo infantil se suscitaban numerosos y diversos métodos²⁹, pero al margen de los mismos, lo que hay que subrayar es que con la familia-célula ya ingresamos en la “dramaturgia contemporánea” de la familia. Con la reducción de sus miembros –que implica inevitablemente un mayor acercamiento y un contacto más frecuente–, con la pesquisa de los olores, las manchas en las sábanas, la curiosidad de los adultos por todo lo que suceda en

26 La importancia de la erradicación de las nodrizas para el proceso de disciplinamiento familiar ha sido destacada por Jacques Donzelot en *La policía de las familias* (1998).

27 “Clase del 5 de marzo de 1975”.

28 “Clase del 5 de marzo de 1975”. Pondría “ibidem”

29 Sobre los cuales no vamos a entrar en detalle, pero que ameritarían, como sostuvo Foucault, una historia particular junto con los métodos ortopédicos destinados a la corrección de la locura.

la cama de los niños, en los dormitorios, en los baños (y viceversa, la curiosidad de los niños por lo que hacen los adultos), asistimos a ese micro teatro de la comedia y la tragedia que representa la familia de los siglos XIX y XX. A partir de todo esto podemos decir que la sexualidad, como vector de los comportamientos con sus cuidados, controles y curiosidades y sus secretos, es el *identikit* de la familia moderna.

Ahora bien, ante esta nueva estructura doméstica, reducida, intensa, sexual y afectiva que excluyó todos los intermediarios, surgirá una figura clave que es parte integrante de esta dramaturgia familiar: el *médico*³⁰. Puesto que la masturbación no solo se inscribe en el orden de la inmoralidad sino, mucho más, en el de la enfermedad, es preciso que al control parental sobre el autoerotismo infantil se le enganche el saber médico. La familia será escoltada por una racionalidad médica intervenida por un saber externo a ella. Si dentro de la familia la sexualidad constituye una suerte de “presencia silenciada”, “será la medicina la que pueda decir y hacer hablar a la sexualidad, en el momento mismo en que la familia la pone de manifiesto, puesto que es ella quien la vigila” (Foucault, 2000: 237)³¹. Por consiguiente, la familia se convirtió en un agente de medicalización de la sexualidad en su propio espacio. Bajo esta óptica, vemos que la familia moderna no es ese sacrosanto espacio de privacidad y autonomía respecto al mundo exterior (Lasch, 1984). Por el contrario, más que un refugio la *familia medicalizada* refleja la complejidad de un entrelazamiento entre el espacio doméstico de poder soberano y un poder disciplinario externo, un saber científico que la controla y la normaliza.

Por otro lado, bajo esta línea interpretativa que toma a la sexualidad, y en especial a la campaña antimasturbatoria como punto de partida para la conformación de la familia celular, Foucault desplaza el esquema comúnmente admitido por el cual la familia nuclear habría sido el resultado de una serie de transformaciones económicas relativas a la formación del mercado capitalista (Anderson, 1988) para luego a partir de esta estructura flexible, restringir la sexualidad al mandato heterosexual procreador, represión que, ceñida a los fines laborales, tendría como contrapartida el retorno patológico del sexo y la neurosis, por ejemplo (Muchembled, 2008; Foucault, 2000³²). Además de las transformaciones históricas del poder

30 A los fines de ilustrar el peso de esta figura, traemos una vez más el filme *La familia* de Ettore Scola. El mismo comienza con la puesta en escena a principios del siglo XX de un ritual clásico –según Bourdieu– para mantener la cohesión de esta institución: La fotografía familiar. Y en ella se puede apreciar la presencia del médico, lo cual refleja que es parte integrante del drama familiar. También, es interesante advertir que, en el cierre de este filme, hecho mediante otra fotografía familiar en el último cuarto del siglo XX, ya no se observa la figura del médico. Respecto de la función de la fotografía familiar, véase Bourdieu (1997).

31 “Clase del 5 de marzo de 1975”.

32 Correspondiente a la “Clase del 12 de marzo de 1975”, compilada en *Los anormales*.

que evidencia Foucault –cristalizadas en una analítica del poder que se aleja de su asociación intrínseca con la ley reguladora-prohibitiva en virtud de subrayar su positividad productora, el carácter estratégico, flexible, móvil, inestable– la hipótesis represiva, vinculada a la necesidad de una moral sexual estricta en función de la productividad económica, queda parcialmente desmentida por los mismos hechos históricos³³. Pues, lo que hasta aquí no hemos remarcado es que no fue cualquier tipo de familia sino la familia burguesa, o la familia aristocrática y tradicional en proceso de aburguesamiento la que se convirtió en foco de intervención de la intensa cruzada contra la sexualidad y el onanismo. Si el objetivo de esta cruzada hubiese sido la represión del cuerpo de placer en aras del cuerpo rendidor, de la exaltación del cuerpo productor, no se explicaría por qué no fue el proletariado el destinatario de esta, cuando en realidad, se constata que su injerencia es en las capas medias y altas de la burguesía donde tiene su verdadero origen. Por otra parte, ¿por qué tanto más énfasis en la sexualidad infantil que en la sexualidad adulta?, se pregunta Foucault (2000: 221)³⁴. Es decir, que la hipótesis represiva no puede dar cuenta de esta estrategia de disciplinización del cuerpo sexual, sobre todo infantil, pues la burguesía no es precisamente la clase trabajadora, y el trabajo infantil tampoco es propio de ese estrato social.

En efecto, las investigaciones de Foucault muestran algo más que el simple objetivo economicista de la conformación de un ejército de trabajadores mediante la represión sexual. Sobre la idea de montar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora, Foucault sostuvo: “yo no sé si tal es, finalmente, el objetivo. Pero, en todo caso, no fue por reducción [represión] como se intentó alcanzarlo” (2002: 49). Se trata entonces de un proyecto aún más ambicioso basado en la creación y puesta en acción de una nueva racionalidad social que, por supuesto, por tratarse de la burguesía como clase dominante, incluye sus apuestas económicas –minimización de gastos, maximización de beneficios–, pero que también abarca la creación de instituciones disciplinarias, una episteme científica, un Estado regulador y productor de vida, una preocupación por la salud, por el cuidado del cuerpo y por la vigorización de la vida, etc. Por consiguiente, “más que de una represión del sexo de las clases explotables, se trató del cuerpo, del vigor, de la longevidad, de la progenitura y de la descendencia de las clases dominantes” (2002: 149). Foucault entiende esto

33 Decimos parcial y no completamente desmentida dado que Foucault no se propuso demostrar que era falsa sino, como señalamos al comienzo, colocarla en una economía general de los discursos. Por su parte, esto no significa que los actores sociales no hayan vivenciado efectivamente una moral sexual restrictiva (Muchembled, 2008), a pesar de que la sexualidad se inscriba en un registro discursivo más amplio y complejo que el de la simple prohibición.

34 “Clase del 5 de marzo de 1975”.

como un mecanismo de autoafirmación (reforzamiento, protección, exaltación, defensa) de la clase burguesa más que como un avasallamiento sobre la clase trabajadora, para luego sí extender las transformaciones derivadas a las clases subalternas como medio de control económico y sujeción política (Foucault, 2002).

En consecuencia, antes (cronológica y estratégicamente *antes*) de la intervención en las condiciones de vida del proletariado para regular y optimizar su explotación laboral, está la conformación de un cuerpo específico de clase por parte de la propia burguesía, dotándose de una salud, una higiene, una descendencia, y una raza por medio del control de su sexualidad; estrategia de autosexualización de su cuerpo: “el sexo fue la sangre de la burguesía” (Foucault, 2002: 151)³⁵. No solo un juego de palabras dice Foucault, las preocupaciones de casta de la aristocracia fueron recicladas en tratados biológicos, médicos y eugenésicos por parte de la burguesía del siglo XIX. En síntesis, no solo son argumentos económicos para el establecimiento de un dispositivo sexual, sino también preocupaciones por una reproducción “físico-social” vigorosa y sana del cuerpo de clase.

Es dentro de este objetivo que debe enmarcarse la insistencia en la valoración del cuerpo del niño, en los peligros de su sexualidad, y en el temor de sus potenciales consecuencias patológicas y degenerativas. Allí se inscribe la familia celular, densamente afectiva y saturada sexualmente. Y dentro del escenario de esta nueva familia, caracterizada por la inspección del cuerpo y la conducta sexual infantil por parte de los padres, por toda esa labor de pesquisa a la vez indiscreta, pero silenciosa de rastros y señales sexuales, surge inevitablemente el temor del incesto. Por la cercanía de los cuerpos, la familia-célula es en sí misma una familia incestuosa. Si en un primer momento el saber médico del siglo XVIII conceptualizó la sexualidad infantil como autoerótica y no relacional, con la evolución del “saber psi”, cuyo emblema final es el psicoanálisis, asistimos a una transformación e inversión del problema del incesto. Ya no son los adultos los que seducen e incitan a los niños al peligroso campo del erotismo, sino que ahora son los hijos los que desean a sus padres.

Esta inversión del incesto implicó, según Foucault, un beneficio moral para los padres, a quienes se exculpaba por el acercamiento indiscreto hacia sus hijos que había recorrido todo el siglo XIX, pues en verdad eran estos últimos los incestuosos. Entonces, es el primer factor que hizo aceptable la teoría psicoanalítica del incesto, la cual vino a trastocar el discurso médico precedente

³⁵ En alusión a que “la sangre” fue el distintivo de la aristocracia mientras que, en la burguesía, su conciencia de clase para afirmar su diferencia y hegemonía social pasó por la afirmación del cuerpo: “convirtió la sangre azul de los nobles en un organismo con buena salud y una sexualidad sana” (Foucault, 2002: 153). Para una revisión histórica que parte desde la noción de “pureza de sangre” en la nobleza hasta el “racismo científico” en la burguesía, véase Stolcke (2000).

que establecía que la sexualidad infantil no concernía más que al niño mismo, es decir, en tanto sexualidad autoerótica o no relacional. En segundo lugar, esta teoría del incesto otorgó a los padres la garantía de la pertenencia de sus hijos en un nivel más profundo, ya no la del cuerpo sino la del deseo. Y esto, justamente, es como contraprestación de una desposesión del cuerpo del niño del poder familiar, pues en la transición de siglo se constata la ampliación de la escolarización y de los procedimientos de encauzamiento disciplinario que separarán, aún más que el discurso médico, a los niños del medio familiar, ya que se trata no solo de un saber sobre su cuerpo sino del control efectivo del mismo. Por último, la versión psicoanalítica del incesto se justificó en la necesidad de una intervención exterior a la familia, un saber médico y psicológico que tuvo vía libre para analizar, controlar y corregir las anomalías derivadas de esa infracción a la naturaleza –aunque en cierto modo también “natural”– que representa el incesto en el seno de la familia (Foucault, 2000: 248, 249)³⁶.

Lo paradójico de la teoría psicoanalítica del incesto es que permite claramente la confluencia del poder soberano y el poder disciplinario en la familia, luego de un proceso que parecía indicar lo contrario. La familia, que había sido invadida e investida por el dispositivo de sexualidad socavando el peso de la ley soberana, consigue mediante el Complejo de Edipo (el deseo de los hijos hacia los padres) religar el dispositivo sexual con el dispositivo de alianza que había sido su sostén histórico. De este modo, se salvaba el riesgo de que la sexualidad, construida sobre un complejo dispositivo científico, quedara ajena al dominio de la ley (Foucault, 2002: 138). Por consiguiente, desde el siglo XVIII frente a la constitución de numerosas tecnologías de poder extrañas al derecho, la teoría psicoanalítica del incesto implica la recodificación del poder de las disciplinas en las diversas formas del derecho sustentadas por un tipo de poder jurídico (2002: 134). Organizada de esta manera, finalmente, “la familia es el cambiador de la sexualidad y de la alianza: transporta la ley y la dimensión de lo jurídico hasta el dispositivo de sexualidad; y transporta la economía del placer y la intensidad de las sensaciones hasta el régimen de alianza” (2002: 132). Función paradójica del incesto que aparece como lo prohibido mientras que la familia actúe bajo el dispositivo de alianza, pero que figura también como lo continuamente requerido para que la familia sea un foco de incitación permanente de la sexualidad, y así quedar bajo el control de un saber científico externo (2002: 133).

C- UN MODELO FAMILIAR INTERCLASISTA Y LAS DOS TEORÍAS DEL INCESTO

Hasta aquí, todo el recorrido genealógico que hizo Foucault para arribar a la conformación de un modelo específico de familia, la familia de la

³⁶ “Clase del 12 de marzo de 1975”.

burguesía y la familia celular, con el dispositivo de sexualidad controlándola por dentro y por fuera de sus márgenes, y con la conexión de este dispositivo girando constantemente en torno del poder soberano, de su ancestral vínculo con el dispositivo de alianza. Allí se inscribe el discurso psicoanalítico, punto final de la evolución de la "función psi", discurso familiarista por excelencia y a la vez sostén del dispositivo de sexualidad, de todas esas figuras mixtas de la alianza descarriada y de la sexualidad patológica que representan la mujer nerviosa o histérica, la esposa frígida, la madre indiferente, el marido impotente, sádico o perverso, el niño masturbador, precoz y agotado, el joven homosexual, etc., que caracterizan la familia moderna (Foucault, 2002: 135).

Ahora bien, como correlato de este proceso tenemos que la familia celular, y el modelo burgués de familia, también va a instalarse en las clases populares del proletariado, pero por otros motivos con un pequeño desfase temporal respecto a la burguesía. Frente al desarrollo de un proletariado urbano hacia mediados del siglo XIX, se organizó una campaña para disciplinar a la familia de la clase obrera, la cual estuvo centrada en una política de fomento del matrimonio. Dicha política matrimonial buscó estabilizar los patrones familiares con los que se regía la clase obrera hasta entonces: las uniones libres, los hijos y las sexualidades extramatrimoniales que eran el resultado de la desarticulación de la familia tradicional campesina por el proceso de industrialización, proceso que había tornado inútiles las diversas funciones del matrimonio ligadas al reparto de bienes y al mantenimiento de los status sociales (Foucault, 2000: 250)³⁷.

Una vez estabilizada la clase obrera con el matrimonio como estrategia para la prescripción del orden, la no agitación, no movilidad, relevamiento de su situación socioeconómica y del control político inclusive, se organizó otra campaña destinada ahora a la constitución de esa física doméstica la cual es característica de la familia celular burguesa. Pero, a diferencia de esta la táctica no fue incentivar el acercamiento de los padres hacia los hijos para vigilar su sexualidad, sino al contrario, fue conjurar el peligro incestuoso derivado del contacto cercano. De manera que se les pedía o exigía a las familias proletarias que "no se mezclen, distribúyanse, ocupen el mayor espacio posible; que haya entre ustedes el menor contacto posible, que las relaciones familiares mantengan, dentro del espacio así definido, sus especificaciones y las diferencias entre los individuos, las edades, los sexos" (2000: 251)³⁸. La campaña de disciplinamiento del espacio familiar era para disolver las conductas promiscuas y acercamientos incestuosos, ya sea entre padres e hijos o entre hermanos; política de

arquitectura doméstica en contra de los dormitorios comunes y camas compartidas, que eran tan frecuentes en los medios obreros³⁹.

En consecuencia, en el punto final de esta genealogía de la sexualización de la familia o de la familiarización de la sexualidad arribamos a un modelo de familia que Foucault califica como *interclasista*. Un formato compuesto por la célula padre-madre-hijos con sus espacios bien delimitados y con el problema del incesto como punto de anclaje de un control externo, que en el caso de la familia burguesa es el arco del saber que va de la medicina al psicoanálisis, y en de la familia proletaria es en cambio un control de tipo judicial junto con las diversas instancias de asistencia social. Por lo tanto, lo que subyace a esta estructura familiar interclasista son dos procesos bien distintos: el control de la sexualidad infantil que exigió la coagulación de la familia burguesa, su intensificación afectiva y sexual; y con respecto a la familia de la clase obrera, la distribución óptima de sus integrantes como táctica para cercenar el peligro de la sexualidad adulta y el acercamiento incestuoso hacia los niños. Dos estrategias de intervención diferentes, cada una con su propio soporte de poder, el de la "función psi" en uno, y el de tipo judicial en el otro. Asimismo, *dos teorías sobre el incesto*, argumenta Foucault: el discurso psicoanalítico con el famoso complejo edípico, y en el medio proletario la teoría sociológica que prohíbe el incesto como necesidad social, para garantizar el funcionamiento del cuerpo social mediante la estructura de intercambio de bienes y status sociales (2000: 252, 253)⁴⁰, mantenimiento, en definitiva, del ancestral dispositivo de alianza que la familia ejerce como foco de poder soberano.

COMENTARIO FINAL

En general, la familia no ha sido objeto de análisis predilecto en los estudios de la obra de Foucault. Sin embargo, hemos visto que su función no es en absoluto marginal ni secundaria. La sexualización de la familia o la familiarización de la sexualidad demuestran que esta institución jugó un rol crucial como foco privilegiado de intervención para la formación de una nueva racionalidad social sustentada en una episteme científica –*scientia sexualis*– junto con sus respectivas tecnologías de poder disciplinarias y de biopoder. Aunque, comparativamente con el campo específico de estudios sobre sexualidad Foucault no parece constituir una cita obligada en el de estudios de familia, sus aportes resultan fundamentales para comprender

³⁹ Una clara ilustración de esta situación de "promiscuidad familiar", en la que por ejemplo era habitual compartir las camas, se puede observar en el filme *Germinal* (adaptación de la novela de Émile Zola) que trata de la historia de la clase obrera en una mina de carbón en la Francia de mediados del siglo XIX.

⁴⁰ "Clase del 12 de marzo de 1975".

³⁷ *Ibidem*

³⁸ *Ibidem*

el lugar destacado que tiene esta institución dentro de la dinámica y estructura de las sociedades modernas.

Mientras que las explicaciones más difundidas sobre la conformación de la familia moderna, nuclear y reducida han hecho hincapié en la transición demográfica (Bardet y Dupâquier, 2001), en el derrotero de una mentalidad individualista (Anderson, 1988; Goody, 2001), en el correlativo surgimiento del amor filial y romántico (Ariés, 1992; Giddens, 2000) y en las necesidades de una institución flexible para el mercado (Parsons en Segalen, 1992), Foucault encuentra en la sexualidad o dispositivo de sexualidad la llave para arribar a la constitución de este modelo familiar. Por consiguiente, la familia célula es el resultado de un proceso organizado alrededor de la creación de nuevas tecnologías de poder basadas en las técnicas disciplinarias y reguladoras que conformaron un esquema de saber-poder orientado hacia el control y la normalización social.

Sintetizando lo expuesto, la familia célula se encuentra en una intersección entre el poder soberano y el poder disciplinario. Del primero se mantiene el vínculo con la ley por medio de la prohibición del incesto que organiza esquemas de transmisión del parentesco, división y reparto de los bienes y status sociales. La ley distingue las conductas de acuerdo a las categorías deónticas de lo prohibido, permitido, obligatorio y lo que sienta las bases para el principio de clausura de los sistemas jurídicos: toda conducta cae irremisiblemente dentro de la zona delimitada por alguna de las categorías señaladas y solo en una de ellas. La norma, en sentido foucaultiano, en cambio, ya no genera un campo de oposición sino de gradación entre el polo de lo normal y el de lo anormal: lo que es excluido por la ley es colonizado por la norma a partir de la proliferación de los discursos, la cual es propia del modelo del poder disciplinario y mecanismos infinitesimales de regulación.

Finalmente, hay que enmarcar a Foucault como un autor más –por cierto, muy original– que dentro de los estudios de familia ha mostrado el carácter histórico de un formato familiar que en múltiples discursos (religiosos, políticos e incluso académicos) y coyunturas sociales se ha planteado explícitamente o filtrado implícitamente como realidad natural y universal. A través de sus investigaciones se puede acceder a numerosos datos empíricos y valiosos recursos teóricos para todo aquel que desee realizar un trabajo de desnaturalización de la familia.

Fecha de recepción: 8 de abril de 2019

Fecha de aceptación: 14 de junio de 2019

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, M. (1988). Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914). Madrid: Siglo XXI.
- Ariés, P. (1992 [1987]). El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen. Buenos Aires: Taurus.
- Bardet, J. P. y Dupâquier, J. (2001). Historia de las poblaciones de Europa. Vol. (III): "Los tiempos inciertos (1914-2000)." Madrid: Síntesis.
- Bourdieu, P. (1997). "El espíritu de la familia". En: Bourdieu, P. Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción. Barcelona: Anagrama.
- Caruso, P. (1969). Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan. Barcelona: Anagrama.
- Castilla Cerezo, A. (2009). "Michel Foucault, la familia y el poder psiquiátrico: historia de una rectificación". Convivim. Revista de Filosofía: (22), 159-169.
- Cooper, D. (1994). La muerte de la familia. Barcelona: Planeta-De Agostini.
- Didi-Huberman, G. (2007). La invención de la histeria. Charcot y la iconografía fotográfica de la Salpêtrière. Madrid: Cátedra.
- Donzelot, J. (1998). La policía de las familias. Valencia: Pre-Textos.
- Freud, S. (1979). "El malestar en la cultura". En: Freud, S. Obras Completas, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Foucault, M. (2005). El poder psiquiátrico. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2002 [1976]). Historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad del saber. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2000). Los anormales. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Giddens, A. (2000). La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas. Madrid: Cátedra.
- Goody, J. (2001). La familia europea. Barcelona: Crítica.
- Halperin, D. (2000). San Foucault. Para una hagiografía gay. Córdoba: Edelp.
- Ingenieros, J. (1997). Tratado del amor. Buenos Aires: Losada.
- Kosofsky Sedgwick, E. (1998). Epistemología del armario. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Lasch, C. (1984). Refugio en un mundo despiadado. La familia: ¿santuario o institución asediada? Barcelona: Gedisa.
- Marcuse, H. (1983). Eros y civilización. Madrid: Sarpe.
- Muchembled, R. (2008). El orgasmo y Occidente. Una historia del placer desde el siglo XVI a nuestros días. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Parsons, T. (1978). La estructura social de la familia. En: Fromm, E. Horkheimer, M, Parsons, T. et. al. La familia. Barcelona: Ediciones Península.
- Reich, w. (1993). La revolución sexual. Buenos Aires: Planeta-De Agostini.
- Sarlo, B. (1996). Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo. Buenos Aires: Ariel.
- Segalen, M. (1992). Antropología histórica de la familia. Madrid: Taurus.
- Stolcke, V. (2000). "¿Es el sexo para el género lo que la raza para la etnicidad... y la naturaleza para la sociedad?". Política y Cultura, (14): 25-60.
- Torrado, S. (dir.) (2005). Trayectorias nupciales, familias ocultas. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Vespucci, G. (2017). Homosexualidad, familia y reivindicaciones. De la liberación sexual al matrimonio igualitario. Buenos Aires: UNSAM Edita.